

Anglada y Camarasa

Para EL LABRIEGO

Impre que voy a ver cosas nuevas y des-
tañtes, convido a un salvaje de mucho
to a quien estoy intimamente unido.

personalísimo criterio, sin prejuicios,
a dicho a veces enormes verdades ig-
das.

is, cuatro, seis siglos de sanción univer-
sobre una obra, monumento, cuadro, es-
a, catedral, encaje, miniatura, roman-
, no han alicortado las alas al salvaje de
vuelo a quien yo escucho alguna vez.

Anglada y Camarasa es realmente un ar-
extraordinario para concebir, para di-
r, para emborrachar de luz y de brillos
negros intensos, intensos, intensos, in-
stantes y maravillosos; para poner un más
en los ojos verdes y un sólo acá en la
ia, en la arcilla, en el lodo, sobre las
as bermejas y alucinantes.

l tango de la Corona es estúpido. De
belleza viva y crepitante. Allí todo se
ve, nada está quieto.

os frutos maduros, los árboles que se in-
an al soplo divino y humano que todo lo
de y lo fecunda y lo moviliza; los hom-
s,—amasijo de bestia é idólatra,—las mu-
s—gracia, bestia y orgullo,—todo, todo
sensual y de una sensualidad grande,
gnífica.

Esta fantasía pictórica que se llama El
go de la Corona no puede imitarse; es un
ulso de arto gigantesco.

lariposa de noche, ¡ah, qué prodigio de
jer gastada!

lagda, ¡qué atrevimiento!

libila, La de los ojos verdes, La dama ne-
t, son lienzos asombrosos; con los dos re-
tos de Sonia de Klamery darian materia
a varias crónicas.

Estas mujeres de hoy, mujeres muy vivi-
s, no recuerdan las nuestras. Parece como
s, faltas de tegumento físico y moral, nece-
an el latigazo soberbio del color de un
glada. Al Sr. Anglada y Camarasa, si
ra mi amigo, yo le aconsejaría que se im-
gnara de España, de su España. Y su pin-
a de acentos meridionales daría cuatro ó
s zarpadas de león que fueran otras tantas
as perdurables.

No envidio a los ricos más que cuando
nso que el arte se compra!

Vo se me escaparía un cuadro de Anglada.

Y dice el salvaje de talento:

Reconozco esa maravillosa potencia del
Anglada, pero le encuentro el Lugones
la Pintura.

Los trapos, las gasas, los abanicos, los
ntones, le ocupan mucho más que el es-
itu.

Veo además con dolor que es un español á
vés de la España de Gautier.

Zuloaga pinta una España exagerada y
nbria; la pinta como quien conociéndola en
rista de talento, al retratarla la compa-
ce, pero la ama. Es una España exagera-
mente siglo XVI, pero es España.

Los enamorados de Jaca, y otros cuadros
Anglada son fantasías injuriosas.

¿Qué idea tiene su autor de sus cote-
lneos?

¿Cuál nos presenta a los ojos del mundo?

El Sr. Anglada desconoce el valor román-
o y gallardo de nuestras Rondas.

Y vamos contra el caballo totalmente mo-
lo de Una novia en Valencia.

He oído que este maravilloso pintor pinta
icho de noche y valiéndose de paños vivos
e rutilan luces extrañas sobre el modelo,
que esos verdes y morados los da al na-
ral.

¡Conformes!

¿Pero por qué hemos de hacer artificiosa
verdad?

¿No es una cosa rara hacer la verdad con
dimiento y falsearla, trastocarla, corre-
rta previamente?

Nadie llevamos en la retina, por muy
ostumbrada a fundir que esté, la policró-

mia de los rasos encendidos que pudieron
hacer todo morado a un caballo.

Convengamos en que esto es la parte de
exotismo, de originalidad de un buen comer-
ciante.

Y sigamos conviniendo.

Una novia en Valencia va pintado en dos
lienzos seguramente para posibilidad de su
trasporte.

Pues bien; la mitad superior podría quedar
bien reducida ya que no lleva si no copetes
de guirnaldas, que claro que le dá supposi-
dad, pero esto de la elevación material de la
tela es casi exclusivamente una elevación de
precio...

Suntuosamente pintados los mantones de
manila, invariablemente la dama exhibe su
brazo en jarras sobre el vientre casi, no como
nuestras mujeres de mantón de manila, si no
como las manolas, que suponen los boule-
vardiers que son cazadas como las troupes
de gitanos y gitanas en las cuevas de la
Alhambra.

Me dirán: ¿pero no ves, salvaje, que Sonia,
por ejemplo, no es española?

Y contestaré: los paños los arregla el
pintor.

Reasumiendo:

Pintorcetes que vais en busca del éxito,
no intentéis las grandes masas de pintura,
los detonantes colores, ni esos negros ex-
traordinarios de Anglada.

Anglada hay uno, y ese uno es y debe ser
único.

Si os empeñáis en que forme escuela os
desacreditaréis y, perjudicaréis al gran
maestro con los críticos ligeros que no le
conozcan bien á fondo.

Es decir, con el 97 por 100 de los críticos
de luego.

Porque ya sabéis que para esto de la criti-
ca concienzuda se creó la palabra «excepción».

Alejandro BHER

AL VUELO

Los Juegos Florales

A ningún aficionado á la literatura que por su
desgracia halla nacido en esta desventurada re-
gión, ha sorprendido la determinación de la Jun-
ta de festejos, negándose á conceder las dos mil
pesetas que la Asociación de la Prensa solicitaba
para celebrar el más simpático de los festejos de
la próxima feria de Ciudad-Real: los Juegos Flo-
rales.

Conociendo la apatía que caracteriza á todo
buen manchego, de antemano estaba descontado
el *ultimatum*: para Juegos Florales, no hay dine-
ro. Es necesario dedicarlo á otras cosas *mucho*
más importantes, de mayor transcendencia;
las letras y la cultura ocupan un lugar se-
condario en nuestra vida; es preferible gastarlo
en fuegos artificiales, cucañas ensebadas y si
llega el caso, como otras veces, carreras de
burros, adjudicando el premio al que menos
corra; con esto nos reímos mucho y nos dis-
traemos la mar; pero con concursos literarios
ó Juegos Florales, ¿qué nos podemos divertir?

La feria de Ciudad-Real, con lo expresado,
unas cuantas cintas cinematográficas y corridas
de toros, será para divertirse de lo lindo y nos
ilustraremos una brutalidad; ¿y cómo no? si en
los toros tenemos solamente la *mar* de distrac-
ciones; que el *culto* Belmonte se *ciñe* y termina
agarrándose á un pitón del cornúpeto; que el
Gallo hace filigranas con la *pañosa* y los *gara-*
pullos; que el picador A ó B pone una *magnífica*
vara recargando y, por último, las emocionantes
faenas del fenómeno y el *papa*, que ocasionan la
concesión de las orejas y el rabo, (y porque no
quieren las patas). ¿No es esto mucho mejor,
inmensamente más culto y más atrayente que
la literatura y la poesía?

Y sobre todo, ¿hay mayor diversión que ver á
un pobre caballo adelantar indefenso hacia la
cabeza del toro, que ávida de venganza y pletó-
rica de vigor, se ensaña en él, hundiéndole una
y otra vez los cuernos en el cuerpo y arrojándole
estrepitosamente contra el suelo, donde se re-
vuelca en su propia sangre?

Si, todo esto es más *culto*, más *divertido*,
más *español* que los Juegos Florales.

Y los señores de la Junta de festejos, están en
su derecho de no distraer cantidad alguna en
pro de la literatura; con ello lo único que se
puede ver es á cuatro desgraciados poetas y con
los toros tendremos la *honra* de que nos visiten
Belmonte, el Gallo y Gaona y otros émulos
de Cúchares, dignos de los mayores agasajos,
de las mayores distinciones y de las mayores de-
ferencias por su cultura. Si los literatos quie-
ren hacer algo, que lo pague la Asociación de la
Prensa.

Esto es lo justo, es lo equitativo, lo lógico y
lo que aconseja el sentido común.

Y aún protestamos contra los que á nuestra
querida patria la llaman «La España de Pande-
reta!»

GASTÓN

Tomelloso y Julio 1916.



FANTASÍAS PSICOLÓGICAS

LA MUERTE DE JUDAS

Luego que estuvo en poder de los treinta di-
neros, producto de su traición, sintió Judas el
primer vagido de su remordimiento recién naci-
do, resonar en su pecho.

Hasta aquel instante, su absurda y brutal co-
dicia había cegado de tal suerte, que ni tiem-
po tuviera para pensar en lo enorme é irrepara-
ble de su falta. Pero ahora que ya estaba consu-
mado el crimen, que poseía el fruto, mísero des-
pués de todo, de su delación inicua, un extraño
malestar, al principio casi insensible, más fuerte
cada vez, iba llenando su alma de sobresalto y
de pena. Y, al propio tiempo, algo como sorpre-
sa y asombro sentía; y miraba enderredor suyo
con el mirar absorto del que vuelve de un sueño
ó de un desmayo.

Era un anochecer, sereno y puro, del bello
mes de Nizam. Judas caminaba por las calles de
Jerusalén, en dirección de una de las puertas de
la ciudad, casi maquinalmente. Parecía salir
de una mala embriaguez, durante la cual hubiese
cometido una acción criminal. Poco á poco iba
comprendiendo, comprendiendo todo el mal que
había causado. Según caía la tarde, su pavor
crecía y llenaba de sombras su mente, como si
la noche fuese entrando en él y entenebrecién-
dole el espíritu. Había vendido á su Maestro,
había sido la causa de la muerte, de un Hombre,
de un Justo incapaz de tronchar con sus manos
una sola de las verdes hojas de los olivos de
Sión. Y todo aquello ¿por qué? (agregaba su in-
stituto rapaz de ex Recaudador de Impuestos) por
treinta míseros dineros que apenas le alcanza-
ría, bien empleados, para un pobre campo de
trigo...

Confusamente experimentaba, según iba avan-
zando, sin darse de ello cuenta, en dirección del
campo, fuera ya de la ciudad, la sensación obs-
cura y turbadora de ser un instrumento ciego
del Destino, ahora era cuando comprendía bien
claramente su delito. Un pesar indecible y sin
remedio, un gran espanto de algo que no alcan-
zaba él á entender, un enorme desprecio y hor-
ror de sí mismo luchaban en su corazón. El
dinero manchado de sangre parecía pesar sobre
su cabeza abrumada, con el peso de un mundo
que se desplomase; y en la boca sentía el amar-
gor terrible del arrepentimiento tardío.

A pasos rápidos marchaba, con el temor del
criminal que por todas partes descubre las huel-
las de su crimen. Recordó de pronto la faz de
su víctima, dulce y bondadosa, bañada de una
sobrehumana tristeza en la última noche que
Jesús cenó con sus discípulos, cuando dijo, con
estas ó parecidas palabras y voz resignada, me-
lodiosa y tranquila:

—En verdad os digo que entre vosotros está
el que me ha de vender.

Y una piedad infinita se posesiona de Judas,
una necesidad, ya estéril, de borrar su crimen,
de irse á echar á las plantas del Maestro é im-
plorarle perdón besando sus pies adorables,
aquellos pies que parecían pisar apenas la tierra
de este mundo... Y buscaba el culpable instinti-
vamente, vanamente, atenuantes á su delito: de
no haber sido él, otro hubiera sido; la muerte de
Jesús había sido decidida; los implacables fari-
seos hubieran sin duda buscado un medio, un
pretexto cualquiera para venderle y darle muer-
te... Mas á despecho de todos los sofismas con
que trataba de engañar su turbación siempre
creciente, la magnitud del hecho realizado lle-
nábale de un temor sin límites, negro, negro y
enorme como la noche que llegaba.

De nuevo miró en torno suyo, con ojos extra-
viados. Estaba ya en plena campiña. Las tinie-
blas ensombrecían los cielos y la tierra; un gran
silencio temeroso cerníase sobre los árboles in-
móviles y desprovistos de pájaros, como si hasta
las aves sintiesen repulsión de aproximarse á
aquel lugar. Y Judas se sintió sólo, sólo con su
culpa, trémulo de espanto, desesperado y mudo.
En derredor suyo la noche le envolvía en su
velo impenetrable y, al alzar la vista medrosa,
no vió el cielo, velado también y terco como su
propia alma.

Entonces, creyó comprender que su único re-
fugio del suplicio que mordía sus entrañas era
morir. Vacitó un instante... Luego, decidiéndose
de súbito, se dirigió resuelto á uno de los árbo-
les mayores y colgó de él la cuerda que llevaba
atada á la cintura.

Vaga, obscuramente le asaltó, una vez aún,
el pensamiento de la incomprensible fatalidad
de su destino miserable. Temblaba; y en su
rostro sus ojos relucían, en la obscuridad de la
noche, como dos brasas entre carbones apa-
gados.

Y una desesperación mayor aún se apoderó
de él. Y entonces miró de nuevo el campo, la
cuerda que pendía como invitándole, el árbol...
Y empuñándose, alcanzó el lazo formado por
la cuerda.

Y puso dentro de ella el cuello, y se dejó
caer con todo su peso.

Y apenas un rumor leve turbó el silencio del
campo dormido, después nada: el cielo seguía
impasible, los árboles taciturnos. Y en las tinie-
blas enigmáticas y amenazadoras, el cuerpo del
ahorcado casi no se divisaba, erecto, trágico, si-
lencioso como un árbol más en la desolación
sombria del campo maldito...

Luis Rodríguez EMBIL

LOS SONETOS DEL ODO

En mi interior florecen los zarzales
de los odios sangrientos. ¡Dioses! quiero
que el golpe de mi mano sea certero
y que aguce el encono mis puñales.

Te acecharé en la noche silenciosa,
el alma en los oídos, aguardando
escuchar de tu paso el eco blando
y el roce de tu túnica preciosa.

Pasarás á mi lado: entre la sombra
verás la última boca que te nombra
y amenazando sobre tí una mano.

Y extenderás los brazos impetrante,
y yo te mataré con la elegante
serenidad de un príncipe italiano.

Domirás en el lecho confiada,
(Desdémona culpable de mi duelo)
la cabeza de virgen en la almohada,
destrenzando el tesoro de tu pelo.

Yo emergeré de un ángulo, callada
la planta resbalando sobre el suelo,
y llegaré hasta tí (desesperada,
horrible sombra del celoso Otelo)

Y mis manos convulsas, delirantes
romperán tus collares de diamantes
martirizando las carnales rosas.

Y al expirar la lucha con tu vida,
estará tu figura circundada
por un llanto de lágrimas preciosas.

Tras el tapiz de tono purpurado
como Lanciotto Malatesta, el fiero,
vigilaré de cólera pasmado,
la diestra mano en el brillante acero.

Tu amante y tú sobre un sitial dorado,
y galeote un libro... En el venero
de tu cariño beberé insaciado
su labio de tu labio prisionero.

Habrás en la cámara una luz de rosa,
y en la cortina, fina y rumorosa
crispación de onduladas plegaciones...

Yo surgiré, y el hierro de la espada
en el lazo mortal de una estocada
unirá los culpables corazones.

Esa cabeza juvenil y blonda,
de trazo noble y de incipiente bozo,
de boca breve hecha para el gozo,
y de pupila misteriosa y honda.

Esa cabeza de elegancia antigua,
que en las calinas horas del deseo
aún en la gloria de tus brazos veo
envuelta en una palidez ambigua.

Esa cabeza de tu bello amado,
sangrienta y muda, sobre una bandeja
de Benvenuto te pondré presente.

Y reiré sintiéndome vengado,
cuando en mi mano presa la guedeja
su labio estigme con su hedor tu frente.

Alfredo BLANCO